

DECIAMOS en un artículo anterior que la facilidad con que se puede movilizar la gente de un lado a otro de los Estados Unidos ha creado otros problemas ajenos a los raciales. Fuera de aquel, el principal nos parece ser el suscitado por el movimiento constante de un estado a otro, de una ciudad a otra, de la propia población blanca.

El bulto de la población de los Estados Unidos es nueva y ha estado en peregrinación continua desde su llegada, hace una o dos generaciones. El objeto de la política de emigración fué en parte propiciar el adentramiento de la frontera hacia el oeste. Poca gente se da cuenta de lo nuevo que es el oeste de Estados Unidos. Los pioneros que avanzaron hacia California para unir ese estado con la Nueva Inglaterra tenían que ser gente joven. Me decía un amigo, que viene de uno de los estados del oeste, que su abuela le contaba que, cuando ella era niña, en el pueblo en que vivía había solo un niño que tenía abuelos. Esto nos indica que cada núcleo familiar era muy pequeño. La consecuencia de esto es que no hay sentido de familia en la mayoría del pueblo norteamericano lo que, unido al hecho de que él es "busca vida" y parte de Indiana a Nueva York, de Alabama a Chicago deseoso de mejorar su situación, ha creado un íntimo deseo de asociación.

Los norteamericanos reconocen que son un pueblo de "joiners" (agrupadores). Es que la falta de lazos familiares, de amistades tradicionales, engendra una soledad que es menester compensar. Es así que la gran mayoría de los habitantes se siente impulsado a entrar en logias masónicas y asociaciones de origen masónico como los Elks, o de hacerse Leones y Rotarios. Las múltiples congregaciones religiosas tienen también un sentido social agrupador. Es tal la necesidad que siente el pueblo por entrar en logias que la Iglesia Católica ha tenido que fundar una para sus filigrases: se llama "The Knights of Columbus" (Los Caballeros de Colón), única manera de evi-

tar que su gente, por necesidad social y psicológica, entrara a la franc-masonería.

Pero cuando la gente no tiene un ambiente social estable y debe fabricárselo, asociándose y esto y el otro; la independencia individual desaparece y surge un conformismo desesperante y, a la vez, desolador. Hay tanta conciencia de la soledad que todo el mundo trata de aliviar la

LA CULTURA MASIVA EN LOS EE. UU.

del prójimo, de modo que es casi imposible, en los pequeños pueblos, y en los barrios residenciales —no así en los departamentos centrales de Nueva York o Chicago— hacer una vida privada.

En primer lugar, no hay resaca entre casa y casa lo que invita a la promiscuidad. Por bondad, por conciencia de la soledad, los vecinos viven preocupados de uno: "¿Su niño estará solo? ¡Qué venga a jugar con el mío!" Las dueñas de casa de súbito aparecen en la cocina por la puerta falsa con el fin de charlar mientras se bebe una taza de café.

Pero esta gente es humana y no es menos "copuchenta" que la de otras partes, por lo cual todo el mundo sabe la biblia acerca de los demás. Esto resulta un tipo de vigilancia que nuevamente tiende a imponer un mayor conformismo multitudinario. Constantemente se organizan piques colectivos, fiestas para grupos y asociaciones, todo lo cual mina los fundamentos del individualismo "grande", del que surgió con el renacimiento y la doctrina del "libre albedrío".

Por otra parte, Estados Unidos es un país idealista, que tiende a sustentar principios y a obrar de acuerdo con ellos sin considerar la situación real. ¡Cuántos conflictos políticos internacionales no se han engendrado en los últimos tiempos por esta tendencia a despreocuparse de lo que indica como sensato proceder el sentido común, por aferrarse a una doctrina general! El mismo conflicto racial es consecuencia del hecho de que se han aplicado principios sin considerar sus consecuencias eventuales.

JORGE ELLIOTT